

La mujer en el balcón

Quizá hoy pueda veré el color de los ojos... Falta poco —se decía, y apoyaba la frente contra el vidrio casi con desesperación—... la próxima curva...

Y el tren parecía adquirir mayor velocidad justo cuando él hubiera querido que se detuviera, por cualquier motivo. Era apenas unos segundos, pero ella estaba tan cerca que se adivinaba que era el impulso del tren el que le despeinaba el pelo oscuro, tan cerca, que él se esforzaba por sentir el perfume de los geranios del balcón, tan cerca, que pensaba que hasta podría leer el título del libro que consumía toda la atención de sus ojos (¿claros?, ¿oscuros?), haciendo que no se inmutase con el paso del tren.

Cuando las cosas se volvían infinitamente grises en la ventanilla (infinitamente grises porque no había una mujer misteriosa leyendo en los balcones), ya debía descender. Las puertas se abrían y una inmensidad de hombres salían escupidos por la máquina. Se dejaba empujar y luego los miraba alejarse rápidamente por el andén, acomodándose la corbata: los miraba hasta con cierta compasión: no tenían, como él, un rostro claro que abriéndose un instante en el día pudiera iluminarlo. Sabía que exageraba, pero no le importaba.

¿Cuánto tiempo había pasado desde que la viera por primera vez? No lo recordaba; seguramente el necesario como para extrañarla y esperarla, como para poder reconstruir el óvalo de su cara y el contorno de su cuerpo ventado, y su pelo oscuro, y el viento...

Contar cada mañana los minutos

hasta ella, saber de memoria cada tramo y cada curva... las casas y los árboles cada vez más familiares, las calles tranquilas, la vereda roja y angosta y la certidumbre de su cuerpo claro entre dos paraísos florecidos... y el sol sobre el libro y sus manos blancas. Algunas veces la descubrió sin el libro, con los ojos (¿claros?, ¿oscuros?) fijos en el tren, y las manos juntas, como esperando algo.

A las pocas cuadras comenzaba a inquietarse, ¿alguien más la habría descubierto? Miraba entonces a su alrededor y todos bostezaban, o leían el diario, o se miraban los zapatos con tanto empeñamiento que él sabía que no había de qué temer, ella seguía siendo suya, absolutamente suya.

Luego el invierno se cubrió de lluvias, y los dedos del frío se multiplicaron. Los paraguas salpicaban las calles de manchas oscuras, y toda la ciudad gris que rodaba tras la ventanilla le parecía un presagio de su ausencia. Entonces empezó a borrarse la frente clara paralela al libro.

Una mañana vio los geranios muertos de invierno, y el balcón tiritando de frío y oscuridad. La puerta se abrió con un sonido metálico, pero esta vez sólo él descendía en una estación casi desconocida.

Tres cuadras por una calle increíblemente angosta lo llevaron al balcón. El frío le había impedido pensar desde que se levantara del asiento.

Estaba parado frente a la casa, y el balcón colgando sobre su cabeza le parecía ahora más pequeño y lúgubre.

El sonido del timbre lo devolvió a la realidad, ¿por quién preguntaría?, ¿qué iba a decir?, ¿a quién buscaba?

Una mujer en bata le abrió apenas la puerta, lo suficiente para que se escapara el olor a sopa y el llanto de un chico, lo suficiente para verte los ojos infinitamente grises sobre unas ojeras de sombra, y un mechón de pelo oscuro sobre la cara.

—Perdón —dijo entonces—, debo haberme confundido.

Empezó a viajar en colectivo. Al poco tiempo se compró un auto, y nunca más volvió a mirar los balcones.

María de los
Ángeles Fasce

4to año _ Letras

LA PRENSA

Domingo 25 de junio de 1989

II ENCUENTRO DEPORTIVO FACULTAD DE HISTORIA Y LETRAS

En el "CAMPUS DE PILAR"

El SÁBADO 21 de ABRIL

ACTIVIDADES: Fútbol- Tenis- Voley- Basquet- Ajedrez-
Truco- Recreativas-

SALIDA DESDE LA FACULTAD EN MICROS

INFORMES: Comisión de deportes Facultad de Historia y
Letras.

INSCRIPCIÓN: Hasta el 16 de abril.

